

El parque de Carla

Texto: Mireia Vidal

Ilustraciones: Blanca Tulleuda



Había llegado el día en que Carla iría al parque. Ya era bastante mayor y sus padres le habían prometido que aquella tarde, cuando saliera de la escuela, la llevarían al parque de los mayores. Carla sabía que debería caminar un trecho, pero esperaba nerviosa en la puerta de la escuela con los botones de la chaqueta bien abrochados y el pelo recogido para causar buena impresión.

Carla se moría de ganas de ir al parque de los grandes y no se quejó ni una sola vez mientras caminaban por unas calles que le parecían demasiado largas. Cuando llegó, vio a un montón de niños que jugaban a pelota. Carla los miró curiosa cuando de pronto su madre dijo:

—Debemos irnos.

—¿Por qué? — Preguntar Carla sorprendida.

—Porque aquí solo hay chicos y no te van a gustar sus juegos.

Y dicho esto, su madre estiró a Carla del brazo y deshicieron el camino hasta casa.

Carla se pasó toda la tarde jugando sola en su habitación. Como le hubiera gustado poder jugar con aquellos niños, pero claro, si no tenían que gustarle sus juegos, no se lo habría pasado bien.

Al día siguiente, cuando llegaron al parque, Carla vio a un montón de niños y niñas que jugaban al escondite. Corrían y se escondían detrás de los árboles mientras Carla los observaba divertida.

—Tenemos que irnos. —Le dijo su padre.

—¿Por qué? —preguntó Carla sin comprender.

—Porque son demasiado mayores. —Le dijo el hombre serio. — No sabrás jugar.



@dibulpia

Y dicho esto, su padre la estiró del brazo y deshicieron el camino hasta casa.

Aquella tarde, Carla se la volvió a pasar jugando sola en casa. Cómo le hubiera gustado correr entre los árboles al igual que lo hacían aquellos niños y niñas. Pero claro, si ella no sabía jugar, seguro que se habría hecho un lío y no se lo habría pasado bien.

Al día siguiente, cuando Carla llegó al parque vio a un montón de niños y niñas indios con unos preciosos trajes de colores. Celebraban una fiesta tradicional y Carla se moría de ganas de acercarse a aquellas mesas llenas de comida.

—Tenemos que irnos. — Dijo su abuelo.

—¿Por qué? —preguntó Carla entristecida— Parece muy divertido.

—Porque aquí sólo hay gente de fuera y no te querrán.

Y dicho esto, el abuelo estiró a Carla del brazo y deshicieron el camino hasta casa.

Esta vez Carla se pasó la tarde en su habitación sin muchas ganas de jugar. Miraba triste por la ventana y pensaba cómo le hubiera gustado conocer a aquella gente que vestía unas ropas tan bonitas. Pero claro, si no debían quererla para jugar tampoco se lo habría pasado bien.

Al día siguiente, a Carla le pareció que el camino hasta el parque se le hacía un poco más largo, pero cuando estaba a punto de llegar oyó unas voces que cantaban y apresuró el paso. Cuando llegó vio a un montón de gente que cantaban canciones y Carla hizo para acercarse cuando su abuela la detuvo.

—Tenemos que irnos. — Le dijo.

—¿Por qué? — preguntó Carla escondiendo un sollozo.

—Porque tú no sabes cantar tan bien como ellos y se enfadarán.

Y dicho esto la abuela estiró a Carla del brazo y deshicieron el camino hasta casa.

Aquella tarde Carla ya no jugó nada en su habitación. Estaba demasiado triste. Le hubiera gustado cantar pero claro, si ella no sabía cantar lo suficientemente bien, tampoco se lo habría pasado bien.

Al día siguiente, cuando su padre y su madre la recogieron en la escuela Carla dijo que ya no quería ir al parque. Estaba convencida de que ni sabría, ni la dejarían, ni le gustaría, ni nadie la querría para jugar. Era mejor que fueran directamente a casa para que Carla se pudiera encerrar en su habitación y tumbarse en la cama esperando que llegara al día siguiente.

Y al día siguiente llegó. Pero Carla tampoco tuvo ilusión por ir al parque. De hecho, casi ya no tenía ilusión por nada y estaba tan triste que su madre, su padre, su abuelo y su abuela se dieron cuenta.

—Tenemos que irnos. — Le dijeron todos a la vez.

—¿Dónde? —preguntó Carla que los miraba desde la cama sin ganas de ir a ninguna parte.

—Debemos ir al parque.

Y tanto insistieron que a Carla no le quedó más remedio que obedecer y arrastrar los pies por aquellas calles que se le hicieron más largas que nunca. Finalmente llegaron al parque y allí vio a niños pequeños y niñas mayores, gente de la India, de África o Marruecos y todavía un grupo que seguía cantando.

Ve y juega con quien quieras. —Le dijo su madre.

—Pero si no son como yo. — dijo Carla sin entender nada.

—Sí que lo son—añadió su padre. —Es gente que viene al parque a divertirse.—¿Quieres divertirte tú?

—¡Por supuesto! — gritó Carla que volvía a sentir la ilusión del primer día.

—Pues adelante. — Le dijo su abuelo.

Y poco a poco Carla fue avanzando entre unos y otros. Unos le pasaron un balón, los otros le enseñaron a jugar al escondite, alguien la invitó a ponerse una ropa de color y todavía un grupo la animaron a cantar.



@dibulpia

Aquella tarde Carla no la pasó en su habitación triste y sola. La pasó jugando con un montón de gente distinta que le enseñaban cosas. Ya no se sentía ni más ni menos, ni demasiado ni poco. De hecho, se sentía muy igual a todo aquel montón de niños y niñas que en realidad se parecían tanto, que si los hubiese visto todos juntos a la vez no habría podido distinguir quién, de entre todos, tenía más ganas de jugar.

Fin.

FAROS

**La guía de la salud i el bienestar
per als teus fills**

Los cuentos de la abuela son una recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de la su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura i difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu Barcelona con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

SJD

Sant Joan de Déu
Barcelona · Hospital

